

Una visión optimista del futuro por parte de los estrategas norteamericanos suponían que el Atlántico Sur, debido a su tradicional aislamiento geográfico, podría permanecer al margen de las batallas entre las superpotencias. La guerra civil angoleña introdujo, sin embargo, una grieta en esa teoría y los hechos posteriores terminarán de pulverizarla. Sea cual sea el desenlace, los desafíos que están planteándose en el Atlántico Sur no pueden ser respondidos eludiéndolos. El pensamiento estratégico norteamericano sobre esa región está pasando por una indispensable revisión general.

Richard Bissell, del Instituto de Investigaciones Políticas de Filadelfia, en un artículo publicado en el número de octubre de 1976 de la revista *Sea Power*, que edita la Liga Naval de los Estados Unidos

Si Occidente no concurre en apoyo de África del Sur (...) la suerte de esa región quedará echada en breve término. Si se le deja sucumbir sin ayuda, se perderá inexorablemente el control del Océano Índico y en menos de una década Europa terminará por comunizarse. Después, sin duda, el turno le tocará a nuestra América y entonces nos lamentaremos de los errores pasados, imposibles de enmendar (...). La consigna debe ser: ¡Que Sudáfrica no caiga!

General Alberto Marini, especialista argentino en geopolítica, citado por la revista bonaerense *Mercado* hacia fines de 1976.

¿Vigila el mundo occidental, es decir sus grandes potencias, el dominio del Atlántico Sur? Es para dudarlo.

Artículo sin firma publicado en primera página del diario *El País*, de Montevideo, el 3 de octubre de 1976.

Entre fines de 1973 y principios de 1974 empezó a registrarse, con ritmo crecientemente acelerado, un proceso de estrechamiento de vínculos —que por momentos asumió carácter casi de idilio— entre los regímenes militares ultraderechistas del Cono Sur latinoamericano y el gobierno racista de Sudáfrica. En abril de 1974 el dictador paraguayo Alfredo Stroessner visitó Pretoria, y al año siguiente Johann Vorster viajó a Asunción y a Montevideo ("Somos el mismo tipo de hombre", opinaría tras su afectuoso encuentro con Juan María Bordaberry). En estos últimos tres años se han abierto embajadas y consulados, se han suscrito acuerdos y convenios de todo tipo, se han enviado múltiples misiones, se han incrementado los intercambios comerciales y las inversiones. Y a partir de principios de 1976 se empezó a desarrollar una vigorosa ofensiva en el único terreno que quedaba aún por transitar: el de la cooperación militar.

Lo que se ha venido promoviendo durante el último año y medio, en efecto, es la constitución de una alianza estratégica a la cual se suele denominar OTAS (Organización del Tratado del Atlántico sur) u OTAN austral, que ligaría a los países sudatlánticos o con intereses estratégicos en la región —Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile, Sudáfrica, Estados Unidos— para la defensa de ésta en beneficio de la causa occidental.

¿Por qué y cómo ha tenido lugar este acercamiento de los conos sur de África y América? ¿Todos los países involucrados participan en él de la misma manera? ¿Cuál es el papel de los Estados Unidos en todo este proceso? ¿Es o no factible la constitución de la OTAS? ¿Qué dificultades y contradicciones tendrían que superar los promotores de la iniciativa para poder llevarla a la práctica? Si bien resulta difícil, por ahora, responder de manera precisa y fundada a todas estas interrogantes, parece conveniente tratar, por lo menos, de ordenar los datos y elementos de juicio disponibles para abordar adecuadamente el análisis del problema.

EL DIA El proyecto de la OTAS *

Por Daniel WAKSMAN SCHINCA

(Primera de tres partes)

publicarse artículos periodísticos que elogiaban cada vez más desembozadamente el sistema de apartheid (1) En la Argentina se fueron trabando contactos de todo tipo, pero especialmente a nivel industrial y comercial, con Sudáfrica. Durante todo el año pasado, por ejemplo, las *South African Airways* (SAA) ofrecieron pasajes de ida y vuelta entre Buenos Aires y Johannesburg, o entre Buenos Aires y El Cabo, por sólo quinientos dólares. Y a su regreso de una estada en Sudáfrica, empresario como el ingeniero Alberto Emilio de las Carreras, presidente de la Cámara de Frigoríficos Regionales, sostenían que se trata de "un país potente, progresista y dinámico", con el cual correspondió intensificar vinculaciones (2). Es permanentemente, en efecto, el ir y venir de misiones privadas entre Sudáfrica y los países del cono sur latinoamericano. El turismo en ambos sentidos está creciendo también rápidamente.

A nivel oficial, el primer país en comprometerse de modo abierto en una orientación pro Sudáfrica fue Paraguay. Cuando a fines de 1974 el general Stroessner anunció su decisión de visitar a Vorster en Pretoria, debió enfrentar duras críticas internacionales, y desde las Naciones Unidas se le presionó insistentemente para que desistiera de su propósito. El dictador paraguayo, sin embargo, persistió en éste, alegando "necesidades de desarrollo nacional", y en abril de 1975 viajó a Sudáfrica, donde suscribió una serie de convenios financieros, comerciales y de cooperación técnica con el gobierno de Pretoria. En agosto, el primer ministro sudafricano le devolvió la visita, aterrizando en Asunción para firmar otros tres convenios y concederle al régimen stroessnerista varios créditos importantes. En esa ocasión, Vorster también fue a Montevideo, donde el presidente Juan María Bordaberry le dispensó una acogida calurosísima. Los sudafricanos han ido estableciendo también con Uruguay crecientes vinculaciones: han adquirido una cierta cantidad de bonos del Tesoro, por ejemplo, y están desarrollando una serie de actividades de tipo técnico (en el campo de las prospecciones mineras e industrial (en la producción de cemento, en la construcción de plantas frigoríficas, etc.), que toman cada vez más amplitud. A tal punto es así, que la cancillería de Pretoria adquirió el año pasado un terreno en Montevideo, para edificar ahí la sede propia de su representación diplomática. Tratándose del gobierno actualmente más aislado y repudiado del mundo entero, ese solo hecho resulta ya más que elocuente.

La cancillería chilena, por su parte, pareció tener conciencia, desde el inicio del régimen pinochetista, de la inconveniencia de proclamar su sudafricanofilia: "Debemos cuidarnos de manifestar públicamente nuestros vínculos con ese país, por su grado de aislamiento internacional", advertía un documento diplomático confidencial que se filtró y fue difundido en el exterior en 1975 (3). Esa cautela no impidió, en todo caso, que por primera vez se instalara en Santiago un embajador sudafricano y que, más adelante, un alto oficial de la Marina chilena, el capitán de fragata Carlos Ashton, fuera nombrado cónsul general en Pretoria, donde hasta entonces sólo había habido representaciones consulares honorarias de residentes. En el curso de los dos últimos años, las relaciones chilenosudafricanas han recibido, en todos los campos, un vigoroso impulso: entre 1973 y 1974,



según datos proporcionados por el *Financial Mail*, el comercio total entre ambos países superó los 15 millones de dólares. En el ámbito militar, los contactos son también muy intensos y la embajada de Pretoria en Santiago incluye entre su personal a altos oficiales de las tres armas. La Armada chilena, por lo demás, ya ha invitado a marinos de Sudáfrica a participar en los viajes de instrucción del buque-escuela *Esmeralda*, y esta unidad tiene por capitán honorario a un sudafricano.

Bolivia, cuyo gobierno decidió en septiembre del año pasado abrir una representación diplomática en Pretoria, ha sido por su parte el centro de un considerable escándalo internacional que estalló a principios de este año cuando se supo que el régimen de Bánzer estaba promoviendo la inmigración al país de 150 mil colonos blancos de Rhodesia. El cono sur latinoamericano ha sido, en efecto, el área hacia la cual dirigen más su mirada los racistas de Salisbury que ven inevitable, a plazo ya corto, el desmoronamiento del régimen de Ian Smith, y que encaran por lo tanto la perspectiva de instalarse en otras tierras. "Europa —razonaba en octubre del año pasado el diario *ABC Color*, de Asunción del Paraguay— no tiene lugar para esa gente, ni la querría por razones ideológicas". Para los stroessneristas, en cambio, los granjeros rhodesianos constituirán, selectivamente hablando, la mejor inmigración que pueda pretender un país. Sobre todo un país que ya recibió con los brazos abiertos a Ante Pavelic y a otros refugiados que llegaron a América tras la caída del nazismo... También en Uruguay se registró una fuerte campaña tendiente a atraer a los rhodesianos. El diario *El País*, por ejemplo, sostenía que habría que recibirlos "con los brazos abiertos", lamentando que en su momento se hubiera perdido "a los belgas del Congo y a los franceses de Argelia". También en Argentina y en Brasil se han estructurado proyectos de absorción de esa masa migratoria.

ción.(5) En función de toda esta perspectiva africana, pues, los brasileños se han mostrado y se muestran extremadamente cautelosos en todo lo que tiene que ver con Sudáfrica. Esto incluye, como se verá más adelante la cuestión de la eventual alianza sudatlántica.

Todo este proceso de afirmación de afinidades entre racistas sudafricanos y militares conosureños tuvo ocasión de tonificarse cuando tanto unos como otros empezaron a sospechar que el hermano mayor (Estados Unidos) los estaba traicionando. En África, el cambio de rumbo norteamericano fue anunciado por Henry Kissinger en su discurso de Lusaka, en abril de 1976. Con el cono sur latinoamericano, los desentendimientos fueron creciendo hacia fines de ese año y alcanzaron un punto máximo en marzo de éste, cuando el congreso de Washington suspendió la ayuda militar a algunos regímenes del continente, lo cual determinó a su vez la renuncia anticipada de otros. La determinación de hasta qué punto existe realmente un conflicto entre los Estados Unidos y estos regímenes, así como la formulación de pronósticos más o menos razonables sobre el desenlace de estas querrelas, tendrían que ser objeto de un análisis aparte. Pero parece claro, en todo caso, que los círculos más reaccionarios de los regímenes conosureños se sienten, al igual que los fanáticos del apartheid, abandonados arteramente por quien era hasta ahora su líder incuestionable en la defensa de la civilización occidental y cristiana. Esta debe ser salvaguardada a toda costa, sostienen. Con los Estados Unidos, si fuera posible contra ellos. En semejante clima, en el cual Carter es considerado poco menos que como un criptocomunista, se refuerza la solidaridad entre los regímenes de ambos conos australes, que se sienten cada vez más identificados. Unidos y otros se consideran convocados a una especie de misión sagrada, de la cual la potencia rectora habría desertado. Esa misión no reviste ya un alcance meramente nacional sino que adquiere dimensiones planetarias: si Sudamérica y los Estados Unidos no hacen nada para impedir la caída de Sudáfrica en manos de los guerrilleros negros, su derrota sellará el fin del control del Indico por parte de occidente y se producirá, al caer en manos comunistas el control del Cabo de Buena Esperanza, un estrangulamiento del 45 por ciento del tráfico de abastecimiento mundial, razona el general argentino Alberto Marini, quien hace depender el futuro político de gran parte del mundo del desenlace de los procesos que están teniendo lugar en Rhodesia y Sudáfrica.(6)

El repudio internacional contribuye en cierto sentido a alimentar esta suerte de mesianismo, haciendo que el régimen de Sudáfrica y los del vértice austral de América se sientan, cuanto más aislados, más dueños de la verdad. La soledad y el despecho asumen, incluso, pretensiones teóricas y así surgen formulaciones más o menos delirantes (pero ilustrativas), como la de la "teoría del quinto mundo", que sería "el universo de los perseguidos y proscritos por causa de la Justicia" (1). Se trata, nada menos, que de "china Nacionalista y Sudecorea en Asia, Sudáfrica y Rhodesia en África, y todos los Estados hispanoamericanos fustigados so pretexto de derechos humanos, por reaccionar contra la insurgencia marxista". La alianza de todos estos regímenes se torna indispensable, ahora, debido a la claudicación de "quienes timonean, de derrota en derrota, al occidente".(7) Es en este contexto que surge, a principios del año pasado, la iniciativa de la creación de una OTAN austral.

(Segunda de tres partes)

EL DÍA

El proyecto de la OTAS *

Por Daniel WAKSMAN SCHINCA **

A PRINCIPIOS de abril del año pasado, en efecto, coincidieron curiosamente (o no tan curiosamente) en Buenos Aires varios personajes rudos de modo muy directo a esta problemática. Uno de ellos era el ministro brasileño de Marina, almirante de escuadra Geraldo Azevedo Henning, quien visitaba el país por invitación especial de su colega Emilio Massera, comandante en jefe de la armada argentina y miembro del triunvirato militar que acababa de tomar el poder en Buenos Aires. Los otros dos eran los almirantes norteamericanos George Ellis y James Sagerholm, el primero de los cuales se había desempeñado hasta pocos días antes como comandante en jefe de las fuerzas navales estadounidenses en el Atlántico Sur, y el segundo de los cuales acababa de relevarlo en el cargo. La presencia de los dos altos oficiales norteamericanos fue explicada al principio en razón de los preparativos de las próximas maniobras navales conjuntas UNITAS XVII, pero casi en seguida los diarios argentinos y las agencias internacionales difundieron versiones en el sentido de que la ocasión estaba siendo aprovechada para discutir aspectos relativos a la **defensa del Atlántico Sur**. El día 7 de abril, en efecto, todos estos jefes navales se reunieron en la base de Puerto Belgrano, en Bahía Blanca, donde —según las fuentes militares argentinas le hicieron saber discretamente a la prensa— intercambiaron puntos de vista en torno a la **importancia estratégica adquirida por el Atlántico Sur y a la hegemonía marxista en Angola**. A partir de entonces, tomó auge tanto en Brasil como en Argentina una campaña periodística de agitación del problema, empezándose a aludir con creciente insistencia a la posibilidad de estructuración de una OTAN del Sur, de una alianza atlántica austral. (9) "El Atlántico Sur —enfataron los diarios argentinos— no se encuentra en la zona de influencia de la OTAN y sólo tres países occidentales pueden mantener vigilancia en esta inmensa área: Argentina, Brasil y Sudáfrica". El diario conservador *La Nación* de Buenos Aires, sostuvo en esos días: "Nuestras relaciones con Sudáfrica deben ser reconsideradas". El argumento básico: ese país constituye "un bastión de la lucha contra la infiltración comunista ya existente en el Atlántico Sur".

A fines de ese mismo mes de abril de 1976, en efecto, una misión naval conjunta argentino-brasileña llegó a la base sudafricana de Simonstown para discutir con los jefes de la Marina de Pretoria los aspectos logísticos preliminares a una futura cooperación en la zona. (10) Meses después, en agosto, se celebró en Río de Janeiro la VIII Conferencia Naval Interamericana, a la que asistieron delegados de las marinas de guerra de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, además de observadores de los Estados Unidos, Canadá y la Junta Interamericana de Defensa. (11) Aunque los voceros de la reunión insistieron en que estas conferencias tratan "temas eminentemente técnicos y de índole profesional", no abordando "cuestiones políticas", el problema del Atlántico Sur fue objeto de nuevos intercambios de opiniones. Pocos días más tarde, el 6 de septiembre, la cuestión saltó otra vez, bruscamente, al tapete, cuando las agencias noticiosas dieron cuenta de la presencia del vicealmirante James Johnson, jefe de la Marina sudafricana, en el desarrollo de las maniobras conjuntas argentino-norteamericanas UNITAS. Johnson había sido invitado, según se informó, por el comando general de la Armada argentina.



base clave para la OTAS. No parece probable, sin embargo, que Londres tuviese más razones que Washington o que Brasilia para querer comprometerse en una alianza con Sudáfrica. Los brasileños, en todo caso, se esforzaron en esos días por desvincularse lo más razonablemente posible del proyecto: el 22 de septiembre, en una charla informal con periodistas y corresponsales acreditados ante la cancillería, el ministro de Relaciones Exteriores, Antonio Azeredo da Silveira, negó tajantemente que su país pensase en integrar una alianza de esa naturaleza: "Es completamente absurdo", declaró, señalando que, "no hay posibilidad alguna de que eso suceda" porque "ninguna organización de países se asociará con Sudáfrica". El jefe de la diplomacia brasileña agregó luego: "El día que Sudáfrica resuelva su problema racial, se convertirá en un país extremadamente importante en la comunidad de naciones. Pero hasta entonces carecerá de las condiciones para ser el centro de un acuerdo como la supuestamente llamada OTAS".

Fontana volvió a enfatizar cuya importancia tecnológica, capacidad económica y financiera, está actualmente por encima de los países de la costa este del Atlántico Sur". (13) Y meses después, el 29 de abril, el mismo Hugo Márquez, ascendido ahora a vicealmirante, reafirmó sus puntos de vista sobre el tema en un discurso pronunciado al asumir el cargo de comandante en jefe de la Marina uruguaya. "A las armadas del sur del hemisferio, y en especial a las de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Paraguay, les expresamos nuestro fervoroso deseo de continuar consolidando entre todo un grupo de unión y esperanza". No se trata de un deseo abstracto: a renglón seguido, Márquez se pronunció por "fundir todos esos méritos, todos esos prestigios (los de cada Armada en particular) en una Armada colectiva en una parte del continente". Y agregó: "En ese aspecto, no sólo las fuerzas armadas de esta parte del continente, sino de todo el cono sur, van adoptando un mismo esquema". De paso, el nuevo comandante en jefe de las fuerzas navales uruguayas, envió un mensaje de reafirmación de "nuestra vieja y desinteresada amistad" a la US Navy. Esta amistad, dijo, "es hoy más fuerte que nunca, cuando una sofisticada, misteriosa y complicada estrategia política pretende perturbarla". Eran los días, en efecto, en que las relaciones entre Montevideo y Washington pasaban por su peor momento a raíz de la nueva política esbozada por el gobierno de James Carter. Pero "a la relación de las armadas no les afecta esa política", según opinaría el mismo Márquez el 12 de mayo, sugiriendo que las Fuerzas militares no tienen por qué atenerse a la orientación global gubernamental y pueden aplicar en cambio líneas propias.

Transkei, 134 naciones de los cinco continentes denunciaron y repudiaron en la Asamblea General esta maniobra tendiente a perpetuar el neocolonialismo y el racismo en los llamados bantustanes. Sólo una decena de delegados prefirieron retirarse discretamente de la sala para no tener que verse en la opción de contrariar sus convicciones en aras de la diplomacia o, en caso contrario, quedar en evidencia como simpatizantes de las posiciones sudafricanas. De esos diez países, cuatro eran latinoamericanos y ninguno de ellos tiene por cierto responsabilidades internacionales de peso: se trata de Bolivia, Paraguay, Uruguay y Honduras. Ni Brasil ni Argentina hubieran perpetrado nunca semejante desatino diplomático. (15)

Para los Estados Unidos, después del brusco viraje impartido a su política africana por el discurso de Kissinger en Lusaka, la celebración de alianzas formales con el régimen de Pretoria resulta muy difícilmente imaginable, por lo menos mientras persistan las condiciones actuales. (16) Cabe suponer que estas reservas son, como sucede habitualmente, mucho mayores en el Departamento de Estado que en el Pentágono. Por su parte los mandos de la Marina norteamericana han estado desplegando ya consistentes esfuerzos orientados a fortificar de hecho los lazos con las armadas sudamericanas, de tal modo que, aunque la formalización de la OTAS resulte inviable, se establezca —bajo la cobertura de la cooperación técnica y profesional— una interrelación naval cada vez mayor. (17)

(15) Los militares uruguayos son en este ámbito los que menos parecen preocuparse por el juicio de la comunidad internacional y los que más dispuestos están a desafiar sus criterios. Así fue como, al llevarse a cabo el 26 de octubre de 1976 las ceremonias de acceso de Transkei a la independencia formal, el de Montevideo fue el único gobierno del mundo que se hizo representar en Umtata, la capital del nuevo Estado, por un delegado: el general uruguayo Boscán Hontou, en efecto, viajó especialmente a Sudáfrica e intercambió medallas y discursos elogiosos con el primer ministro de gobierno títere, Kaiser Matanzima.

(16) En su artículo ya citado, Albert Manning considera poco viable esta hipótesis, dado que "contraría toda la política de los Estados Unidos en Africa austral, tendente ahora a presentar a la potencia norteamericana como un árbitro neutral que se esfuerza por favorecer la obtención de acuerdos negociados en favor de la regla de la mayoría". Esta dificultad, razona Manning, podría ser sorteada de dos maneras. La primera consistiría en que el gobierno de Carter ejerza sobre el de Vorster presiones fortísimas para que éste lleve a cabo "reformas desde arriba", desmantelando el sistema de apartheid y esbozando la estructura federativa a la que aspiran ciertos liberales afrikaaners. El propio Manning comprueba, sin embargo, que la evolución registrada en los últimos meses (y esta afirmación se ve abonada desde marzo hasta ahora por lo demás) parece excluir semejante hipótesis. Segunda posibilidad: que Washington promueva, sin participar directamente en ella, la celebración de una alianza entre las potencias medianas y pequeñas de la región sudatlántica, suministrándoles apoyo tecnológico y equipamiento, y reservándose el derecho de intervenir con sus propias fuerzas en caso de emergencia. Podría haber también una tercera hipótesis: integrar poco a poco a Sudáfrica en la OTAN, anticipándose a los cambios políticos que habrán de registrarse en Pretoria y que permitirán a más largo plazo —se supone— el cese del aislamiento político del régimen.

A esta altura parecía ya claro, por lo demás, que la cuestión de la eventual OTAS suscitaba divergencias entre los brasileños y argentinos: a mediados de agosto, la revista especializada *Armed and Weapons*, que se edita en Londres, había insinuado la posibilidad de que Brasil pudiese incorporarse a la OTAN. Esta alternativa, mencionada en un artículo del analista italiano Ugo Mazza, tendría para Brasilia, del mismo modo que para Washington (que ya entonces habría efectuado un giro radical en su política africana), la ventaja de no comprometerlos en una alianza formal con el régimen de Pretoria. La prensa argentina, congruentemente, desestimó esta posibilidad, (12) insistiendo en el cambio en la tesis de un pacto que ligase a las naciones ribereñas del Atlántico Sur. De modo sugestivamente coincidente, periódicos argentinos como *Hoy* y chilenos como la revista *Qué Pasa* (ambos, sin duda, reflejando los puntos de vista de las marinas de los respectivos países) destacaron la importancia de constituir la OTAS y sugirieron que también Gran Bretaña estaría involucrada en el proyecto. Esto último tendría una importancia muy especial, porque permitiría buscar una solución al viejo contencioso anglo-argentino sobre las islas Malvinas, que en este esquema pasarían a convertirse en una

(9) El tema fue manejado en esos días incluso por publicaciones que no suelen incursionar en asuntos geopolíticos, como la revista argentina *Siete Días*, que en su edición internacional fechada del 30 de abril al 7 de mayo incluyó un artículo Desafío en el Atlántico Sur, donde se tratan con bastante amplitud distintos aspectos del problema.

(10) El dato está tomado de un artículo del periodista norteamericano Robert A. Manning, que se publicó en el número de marzo de 1977 de *Le Monde Diplomatique*, bajo el título de Pretoria apuesta a la carta de América Latina. Este extenso trabajo traza un cuadro general bastante completo de los antecedentes y circunstancias de los que surge la iniciativa de creación de las OTAS.

(11) Las conferencias navales interamericanas, que se celebran en general cada dos años, se inicia en 1959. Su origen fue una reunión convocada en Fuerte Amador, en la Zona del Canal de Panamá, para proyectar la Operación Neptuno, antecedente de las actuales maniobras Unitas. Los Estados Unidos, promotores del encuentro, propusieron que éstos tuviesen lugar en el futuro con carácter periódico y la iniciativa fue aceptada con la habitual unanimidad. A partir de entonces, las conferencias pasaron a celebrarse a nivel de las máximas jerarquías navales de cada país. Hasta ahora, se han celebrado ocho reuniones de esta serie: en la zona del Canal de Panamá (1959), en Washington (1960), en Viña del Mar (1962), en Río de Janeiro (1964), en Caracas (1966), en Newport (1971), en Mar de Plata (1974) y otra vez en Río (1976). No resulta difícil, verificando la fecha de iniciación de los encuentros, comprobar que estos fueron —al igual que otras iniciativas estratégicas norteamericanas de la misma época— concebidos para responder al desafío planteado por la Revolución Cubana. Cabe anotar, justamente, que en agosto de 1960 se convocó a la primera Conferencia de Ejércitos Americanos, y que en abril de 1961 tuvo lugar la primera Reunión de Jefes de las Fuerzas Aéreas de las Américas.

Pero si la posición de la cancillería brasileña se enfrentaba así a la de Argentina (recuérdese, por lo demás, que la dirección de la política exterior de Buenos Aires está a cargo precisamente de la Armada), diversos síntomas indicaban que también dentro del gobierno brasileño había puntos de vista dispares en torno al problema. Las tajantes declaraciones de Silveira, en efecto, fueron controvertidas poco después por el influente *Jornal do Brasil*: éste editorializó el 13 de octubre sosteniendo la tesis de que, pese a todo, habría que asociarse con Sudáfrica para defender los intereses occidentales en el Atlántico Sur. "En política internacional no se tienen los aliados que uno quiere, sino los que están al alcance de la mano", sostenía el periódico, reflejando al parecer la opinión dominante en los altos mandos navales brasileños, contraria a la de los diplomáticos de Itamarati.

Tanto Uruguay (el tercer país con fachada atlántica) como Chile (que aunque sólo tiene costa sobre el Pacífico ha sido considerado en todo momento como futuro socio de la alianza sudatlántica, por su control de las comunicaciones interoceánicas a través del estrecho de Magallanes) se alinearon militarmente junto a Argentina. El comandante en jefe de la Armada chilena y miembro de la Junta, almirante José Toribio Merino, definió la posición de su país con su muy personal y pintoresco estilo, durante una visita realizada a fines de noviembre a la base naval argentina de Puerto Belgrano por invitación de su colega Emilio Massera: "¿Quién está detrás de Angola, Mozambique y Rhodesia? Rusia. Esa Rusia intrínsecamente perversa y maléfica. Donde Rusia aparezca haciendo algo político, Chile estará allí para combatir al bandido y al demonio mismo transformado en ruso". Pocos días antes, en la ciudad de Fray Bentos, el contralmirante uruguayo Hugo Márquez hacía pública, aunque aclarando que con carácter personal, su opinión de que "las armadas de la región deben integrarse y actuar coordinadamente". Al comentar, apoyándose, estas declaraciones, el diario *El País* insistió al día siguiente en que "la fortaleza y la viabilidad de una organización de tal carácter requería la presencia de otros miembros (márquez sólo había mencionado explícitamente a Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) igual o casi igualmente interesados en las regiones atlánticas australes y también vinculados con los ya nombrados en diversos aspectos de orden ideológico o espiritual". Sudáfrica, evidentemente. El 5 de diciembre, en un artículo sobre Cuenca del Plata y Defensa del Atlántico, el contralmirante retirado Hispano Pérez

(12) La incorporación de Brasil al sistema de la OTAN aparece como improbable, se titulaba precisamente un artículo del columnista Enrique Alonso publicado en *La Opinión* del 22 de agosto. Este juicio se fundaba en que "los países europeos que integran la OTAN no estarían dispuestos a una ampliación de las responsabilidades de la alianza militar" (por lo menos mientras la supuesta amenaza soviética a partir de Angola no fuese más que una simple hipótesis); en que las "fuerzas navales de la OTAN alcanzan un sofisticado nivel tecnológico y operativo, al cual sin duda Brasil aspira, pero que sólo podrá alcanzar con el transcurso del tiempo"; y por último en que "el control y la protección del Atlántico Sur implica a todas las naciones ribereñas, tanto de África Occidental como de América del Sur".

III. LAS PERSPECTIVAS DE CONSTITUCION DE UNA ALIANZA SUDATLANTICA

A pesar del fervor con que algunos de los interesados promueven la creación de la OTAS, parece dudoso que se reúnan las condiciones necesarias para que semejante alianza pueda formalizarse, por lo menos a corto plazo. La inevitabilidad de la presencia sudafricana como uno de los pilares de sustentación básica del organismo constituye el obstáculo político mayor "aunque no el único— para que se conforme esta suerte de OTAN del sur. La cancillería brasileña lo ha expresado con toda claridad: mientras Pretoria siga siendo objeto del aislamiento internacional que genera su régimen de segregación racial, resulta inconcebible que ningún grupo de países acepte asociarse con ella para una empresa de este tipo. Vincularse a Sudáfrica, o solidarizarse explícita o implícitamente con su política de apartheid, representa un traspie diplomático en el que pocas naciones están dispuestas a incurrir. No, en todo caso, las otras dos grandes potencias regionales, cuyas cancillerías están obligadas a calcular los efectos de sus pasos mucho más cuidadosamente que las de sus vecinos menores. Tanto desde Itamarati como desde el Palacio San Martín, pues, se ejercen fuertes presiones negativas con respecto a la creación de la OTAS. Distinto es el caso de Uruguay, de Chile o de Paraguay, países que "no casualmente, por cierto— se han convertido en los más entusiastas abogados de esta causa. Estos tres países —añotaba hace ya año y medio el boletín semanal británico *Latin América*— (14) están menos comprometidos con el mundo exterior que sus vecinos mayores, y apoyan con entusiasmo cualquier cosa que huelga a cruzada anticomunista, lo cual puede ser aprovechado para justificar sus políticas internas de represión. Resulta ilustrativo a este respecto verificar el comportamiento de los distintos países en ocasión de ciertas votaciones en la ONU y en otros organismos internacionales. Un ejemplo: cuando el gobierno sudafricano se disponía a fines de 1976 a concederle la pseudo independencia a

(13) Tratando de elogiar —aunque hay que reconocer que con poca claridad sintáctica y conceptual— la política racial de Pretoria, Pérez Fontana clausuró su artículo sosteniendo que "con el concepto actual del apartheid, (los sudafricanos blancos) parecen haber entendido que la integración con los sudafricanos de otra razas se viene produciendo en ambientes excelentes para el progreso interdependiente con que el futuro le brinda magnífico porvenir". (Sic).

(14) Véase el *Latin American Political Report* del 30 de abril de 1976 (volumen X, número 18).

(17) Véase por ejemplo, el artículo de Joseph Bentham publicado el 8 de noviembre pasado (época en la cual la cuestión de la OTAS estaba siendo planteada con el máximo vigor) en la revista semanal *US News and World Report*, cuyas buenas relaciones con las fuerzas armadas norteamericanas son notorias. El artículo se titula *Why the US Steps up Support for Latin Navies and fue despachado por su autor desde las aguas sudatlánticas, donde se encontraba a bordo de uno de los buques de la Marina norteamericana, que participaban en las maniobras Unitas XVII.*

* Aunque Bentham subraya en su despacho que los oficiales estadounidenses encuentran a sus colegas latinoamericanos más entusiasmados que nunca con las maniobras (fenómeno que atribuye a la preocupación por el compromiso cubano en Angola y al temor de que el eventual establecimiento de bases soviéticas en la costa sudoccidental de África amenace la seguridad de la ruta del petróleo), el ulterior desarrollo de los hechos parecería indicar que las Unitas están en crisis. El 17 de marzo pasado, en no más de cuatro líneas de su sección de rumores titulada *Se dice...* el periódico montevideano *El País* sugería que "... es poco probable que se sigan realizando las maniobras navales conjuntas de las flotas brasileña, argentina, norteamericana y uruguaya que se conocían bajo la denominación de Unitas. Más recientemente, pocos días antes de que enviáramos este artículo a la imprenta, una información cablegráfica fechada el 13 de septiembre de 1977 en Buenos Aires (y publicada en el diario *El Día* de México al día siguiente) confirmó aquella insinuación. "La Marina argentina —dicen los despachos de AP y AFP— resolvió no participar este año en la operación Unitas con los Estados Unidos y otros países del hemisferio, a fin de preservar sus repuestos en prevención de cualquier contingencia. La información, extraída del diario bonaerense *La Prensa*, procedía de fuentes navales oficiales. El cable, en todo caso, agregaba que "en algunas fuentes locales se dijo que esa circunstancia podría obedecer a la decisión del gobierno norteamericano de reducir los créditos militares a la Argentina, adoptada a comienzos de este año por violaciones a los derechos humanos". Por su parte, el diario *La Opinión* había sido mucho más categórico cuando el día 6 de septiembre explicó la ausencia argentina de las próximas Unitas como "una respuesta a la reducción del crédito militar norteamericano al gobierno de Buenos Aires". La información era atribuida a fuentes navales y había sido propalada por la agencia oficial *Noticias Argentinas*, aunque dándole carácter no oficial. Todo este contradictorio proceso muestra de modo bastante ilustrativo, creemos, las tensiones generadas entre la diplomacia diplomática y la diplomacia militar, cuyas evoluciones tácticas resultan a veces de difícil compatibilización.

* Tomado de la revista *Nueva Política*, col. II, números 5 y 6, Abril-septiembre de 1977

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

** El autor de este artículo es miembro del cuerpo de redactores de la sección internacional del Periódico *El Día*

I. EL CONTEXTO DE LAS RELACIONES ENTRE SUDÁFRICA Y EL CONO SUR LATINOAMERICANO

El inicio de la acelerada aproximación entre el cono sur latinoamericano y el régimen de Pretoria coincide bastante exactamente con la instalación en Montevideo (junio de 1973) y en Santiago de Chile (septiembre del mismo año) de regímenes militares de extrema derecha, de tipo fascista. En la Argentina, por su parte, se inicia poco después el proceso que, pasando por el período de Isabel Martínez y López Rega, conduciría al golpe castrense de marzo de 1976. En todos estos países, donde hasta entonces el interés por África había sido mínimo, pareció producirse hacia 1974 un repentino deslumbramiento ante los logros del régimen sudafricano. (En 1965, Pretoria sólo tenía relaciones diplomáticas completas con dos países de América del Sur, Argentina y Brasil; diez años después, mantenía en la región siete embajadas). Incluso un gobierno tan tradicionalmente aislacionista como el del general Stroessner, en Paraguay, desplegó por esa época una espectacular ofensiva diplomática en dirección a Pretoria. En Montevideo, donde la condena a cualquier forma de discriminación racial había sido, tradicionalmente, algo que ni siquiera necesitaba discutirse, empezaron a

(1) Al principio, la aprobación del régimen segregacionista se hacía con mucha cautela, tímidamente. Pero en 1976, ya en pleno auge de la relación Montevideo-Pretoria, la prensa uruguaya publicaba las más calurosas alabanzas del sistema sudafricano y exaltaba abiertamente las virtudes del apartheid. El 13 de agosto, por ejemplo, el diario El País sostenía que este sistema "nos es tan rígido e inmutable como acostumbran a propalar, interesadamente, sus detractores, sino que se basa en la consideración de que hay pueblos que aún no están en condiciones de regir su propio camino y que, en consecuencia, deben ser asistidos y tutelados hasta que su evolución les permita tomar decisiones a todo nivel".

En diciembre del mismo año, el mismo periódico editorializaba violentamente contra el viraje de la política norteamericana en África, sosteniendo que la postura de la generalidad del mundo libre, y en especial la de las grandes potencias rectoras de la política internacional de nuestro hemisferio, frente al problema de la República Sudafricana está, puede decirse, en el límite entre la inconsciencia y lo netamente demencial. Textual. Y seguía el editorial, en defensa de Sudáfrica: "Nada importante que se trate de una nación cuyos orígenes se remontan al siglo XVII, con más de treinta años de vida independiente; ni que su pasado colonial no esté ligado a ningún proceso de ocupación de territorios ni de sometimiento de pueblos de raza negra (sic); ni sus esfuerzos por elevar el nivel de vida de las poblaciones bantú, asiática y mestiza, relativamente a la habitación, la salud, la educación y la asistencia social; ni su empeño en atenuar, en los últimos tiempos, la rigidez del sistema de apartheid; ni su política de impulsar la evolución hacia la autonomía y la independencia —como en el reciente caso del Transkei— a cerca de una decena de grupos étnicos negros; ni su virtud de haberse convertido en uno de los países, material, técnica, científica, espiritual y culturalmente (sic) más desarrollados del orbe; ni siquiera por estar ello tan íntimamente vinculado al éxito de la lucha contra el expansionismo comunista, su condición de único y poderoso baluarte de la civilización occidental y del antimarxismo en el sur de África".

El 4 de abril de 1977, en otro de los frecuentes artículos editoriales situados en esta línea, El País, tratando de exponer "algunas verdades fundamentales" sobre el problema racial en Sudáfrica, sostenía que "la segregación se origina principalmente por la tendencia de más de 55 por ciento de la población bantú a vivir y trabajar en los principales centros urbanos, abandonando las regiones autónomas en las que predominan los de su raza...".

En febrero de 1977, en un artículo titulado El destino de África Blanca, Ramiro Rodríguez Villamil, columnista de Búsqueda (una revista mensual uruguaya que expresa los puntos de vista de grandes grupos empresariales), sostenía sin ambages: "... nadie puede pensar sensatamente que los seis millones de nativos rodesianos pueden emitir un voto conciente y equilibrado, cuando se encuentran en su mayoría en el más atrasado estado de primitivismo tribal". El diario La Mañana, por su parte, publicó en agosto de este año una serie de notas y comentarios de su enviado especial al África meridional, Fernando Bosch. El tono y el contenido de sus artículos —que constituyen una encendida defensa del régimen de Pretoria— no pueden sorprender a nadie: Fernando Bosch fue, en efecto, en la década pasada, el principal líder del movimiento nazi uruguayo. Resulta congruente, por lo tanto, que sostenga que "conceptos tales como los derechos humanos, la tolerancia religiosa, la integración racial, la igualdad jurídica de los dos sexos, la economía de empresas —o simplemente la noción del ahorro o del progreso material individual mediante el trabajo redoblado— son por completo heterogéneos a las reconditeces (sic) del alma africana".

(2) Artículo publicado por el diario Clarín, de Buenos Aires, a mediados del año pasado.

(3) Véase el Excelsior, de México, del 21 de mayo de ese año.

Pero el país que, el parecer, entabló negociaciones más concretas en ese sentido, fue Bolivia, que inició los trámites correspondientes en abril de 1975. El principal de inmigración Guido Strauss, quien el 2 de enero pasado habló para el diario Presencia, de la Paz, de "promover el ingreso al país de fuertes e importantes contingentes de inmigrantes blancos de origen alemán y holandés, provenientes particularmente de Namibia, Rhodesia y África del Sur". Las zonas de asentamiento de estos colonos serían las de San Borja, Securé y la reserva de Abapó-Izozog, en una región donde ya existen importantes intereses extranjeros (4).

En relación con África, la diplomacia más lúcida ha sido indudablemente la brasileña. Este país, que era ya el único de la región que desde tiempo atrás había concebido y empezado a aplicar una estrategia propia en relación con el continente africano, tiene con éste una vinculación especial, fundada en factores tales como la fuerte población negra del Brasil y la comunidad idiomática y cultural con los países que hasta hace poco formaban parte del imperio colonial lusitano. Desde fines de la década pasada, por lo demás, la cancillería brasileña había empezado a establecer vínculos —sobre todo comerciales— con países africanos negros. Y cuando el imperio portugués se derrumbó tras la revolución de los claveles de abril de 1974, los diplomáticos brasileños vieron la ocasión de reforzar su incipiente presencia en el continente. De ahí que Itamaraty haya estado entre las primeras cancillerías del mundo en reconocer al gobierno de Agostinho Neto, cuando el MPLA no había ganado todavía la guerra de Angola. Esta sutil diplomacia, inserta en la política llamada de pragmatismo responsable, no ha dejado por cierto de generar fricciones entre Brasilia y Washington, pero en todo caso los estrategas norteamericanos distan de suponer que este tipo de opciones revela una debilidad ideológica de los dirigentes brasileños, sabiendo muy bien que estos practican una realpolitik en la cual tienen larguísima tradi-

(4) Armand y Michele Mattelart escribieron para el número de septiembre de este año de Le Monde Diplomatique un artículo (titulado: ¿Ciento cincuenta mil blancos de África austral y América del Sur? Los colonos del apartheid) en el cual expone y comentan todos los aspectos del plan boliviano. Sobre ese tema puede consultarse asimismo un artículo que escribimos para el número 12 (correspondiente a mayo de este año) de Cuadernos del Tercer Mundo, bajo el título de Pretoria y sus aliados: el idilio de los Conos Sur. Y en la columna Nuestra América, del diario mexicano El Día, recogimos el pasado 7 de octubre informaciones publicadas a fines de septiembre por La Opinión de Buenos Aires en el sentido de que en los últimos meses varias delegaciones procedentes de Rhodesia, de Sudáfrica y de Namibia "visitaron el noroeste argentino (Salta), la zona chacoformosa y la región del Comahue, estudiando las condiciones para un eventual asentamiento".

Hasta que el desenlace de la guerra de Angola alteró bruscamente la correlación de fuerzas en África meridional, los especialistas en estrategia no habían prestado demasiada atención a la zona austral del océano Atlántico, donde no se presentaban problemas críticos. Esta perspectiva se planteó, sin embargo, cuando a partir de 1976 la victoria del MPLA abrió la posibilidad de que los buques de guerra soviéticos se asomaran en el futuro desde el Índico, donde su presencia es ya importante, a las aguas sudatlánticas. En función de esta hipótesis, se empezó a enfatizar la importancia estratégica de la ruta que conduce desde los yacimientos petrolíferos del Golfo Pérsico hasta los países industrializados noratlánticos, bordeando el Cabo de Buena Esperanza y surcando las aguas meridionales del océano. La seguridad de esta ruta, se argumenta, se ve amenazada a partir del momento en que la URSS conquista posiciones en puntos desde los cuales ella puede ser controlada: Angola, por ejemplo. No está sólo el petróleo, por lo demás; la región sudatlántica es el paso obligado para el transporte de riquezas tales como el cobre de Zaire, el hierro y el magnesio de Gabón, el cromo y el oro de Sudáfrica, y varios otros productos de Brasil y Argentina. (8) En tales condiciones, y con miras al futuro, los expertos occidentales empezaron a revisar todas las teorías existentes hasta entonces, con respecto a la porción austral del Atlántico. Fue entonces cuando surgió la idea de la OTAS.

(5) El comercio entre Brasil y Sudáfrica, por ejemplo, no sólo no se ha visto afectado, sino que, por el contrario, ha experimentado un notable incremento: entre 1972 y 1973, según la revista Jeune Afrique (citada por un cable de Prensa Latina que se publicó en El Día, de México, el 7 de enero de 1977), el monto de intercambio entre ambos países se duplicó.

(6) La cita está tomada del diario montevidiano El País, que reprodujo el 7 de noviembre de 1976 un extenso artículo —sin firma— publicado poco tiempo antes por la revista argentina Mercado. En dicho artículo, titulado Entre África y América: todo comienza en el Atlántico Sur, se recogen, entre otras, estas ideas del general Marini, autor de libros sobre temas estratégicos y geopolíticos tales como De Clausewitz a Mao Tse-Tung y La estrategia sin tiempo.

(7) El 7 de agosto pasado, el diario montevidiano La Mañana publicó un editorial titulado precisamente La Teoría del Quinto Mundo. Rebelándose contra "una de las más ambiciosas campañas de difamación colectiva jamás montada contra gobierno alguno" (se refiere a la que estaría desarrollando la URSS contra Sudáfrica y Rhodesia), el editorialista uruguayo denuncia que, "al socaire de tensiones raciales descritas con grosero apartamiento de la realidad, se intenta convertir en parias de la comunidad internacional a los dos únicos Estados genuinamente occidentales de África". Para contrarrestar esta operación, propone "un nuevo inédito, juego de alianza". Que es el siguiente: "Agregárase esta liga que concebimos, primeramente, al maltrecho Primer Mundo, restos del mundo libre subsistentes aún por vitalidad intrínseca y pese a sus gobiernos. Y a los Mundos II y III, comunista y su versión menor o tercerista. Y también al reciente Cuarto Mundo de estado artificiales e inviables, que integran desiertos hechos nación, como Chad". Tras esta significativa definición, se propone la constitución del Quinto Mundo, el de los perseguidos y proscritos por causa de la justicia. Se trata, según La Mañana, de "Estados —curiosamente— en general ricos y fuertes y moralmente prósperos, muy a diferencia en esto de sus difamadores". Este amistoso consorcio, pues, estaría integrado por los regímenes de Taiwan y Corea del Sur, los de Pretoria y Salisbury, y por los gobiernos militares fascizantes de América Latina.

(8) Véase, a este respecto, el interesante artículo de Richard Bissell, experto del Instituto de Investigaciones Políticas de Filadelfia, publicado en el número de octubre de la revista norteamericana Sea Power.

* Tomado de la revista Nueva Política, col. II, números 5 y 6, Abril-septiembre de 1977

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

* El autor de este artículo es miembro del cuerpo de redactores de la sección internacional del Periódico El Día

EL DÍA El proyecto de la OTAS *

Por Daniel WAKSMAN SCHINCA **

(Tercera y última parte)

La falta de unanimidad interna a propósito de la OTAS, de la cual suministramos más arriba algún ejemplo con respecto a Brasil, se registra también en la Argentina. Aquí, la Armada cuenta con la importante ventaja de que es a ella a la que le ha tocado —en la distribución de tareas y responsabilidades estructuradas después del 24 de marzo de 1976— la dirección de la política exterior del país. En este caso, más que las divergencias entre diplomáticos y militares, parecen pesar las rivalidades, recelos y pugnas entre las diferentes armas. La Marina argentina, en efecto, vienen desarrollando desde hace algún tiempo una vigorosa **ofensiva de prestigio**, que encuentra terreno favorable en una serie de problemas sobre los cuales tiene jurisdicción directa e incontestable, y que le sirven para presentarse ante la opinión pública como la más celosa defensora de los derechos nacionales. Así ocurre con el problema del Beagle, con el de las Malvinas y con el de la Antártida. En todos ellos, los marinos asumen un papel protagónico que el ejército de tierra contempla con poco entusiasmo. La celebración de una alianza como la OTAS resultaría una oportunidad magnífica para que la Armada empuñe palancas estratégicas de poder, y por ello mismo se presenta a sus rivales internos como una alternativa muy poco seductora. De ahí el cauteloso equilibrio de las declaraciones oficiales formuladas sobre el tema por las máximas autoridades del gobierno de Buenos Aires. (18) Parecería haberse llegado en esta materia a una especie de acuerdo entre los sectores castrenses que quieren impulsar con vigor la iniciativa de la OTAS y aquellos que se muestran reacios, o contrarios a la celebración de la alianza. La hipótesis no es excluida en absoluto, pues, pero tampoco se la trata como una necesidad urgente. (19)

(18) En ocasión de la ya referida visita del almirante sudafricano James Johnson a la Argentina, en septiembre del año pasado, el entonces canciller Oscar Augusto Guzzetti se pronunció en una entrevista periodística a favor de la creación de la OTAS, con participación de Sudáfrica, como único modo eficaz de garantizar la seguridad de la ruta del Cabo (Cit. por Manning). Poco después, cuando lo interrogaron en Nueva York durante la Asamblea General de la ONU, se mostró más prudente: "La progresivamente preocupante situación de África Occidental hace reflexionar a quienes vivimos en esta parte del Atlántico sobre dicho problema, y ello, en el mediano plazo, puede pasar a ser un asunto preocupante". En cuanto a la OTAS, dijo, "todavía no hay nada". En esos días, sin embargo, la cuestión estaba en el tapete, y un corresponsal de la revista semanal española Opinión se la planteó al Presidente Jorge Rafael Videla, que respondió: "Dada la naturaleza dinámica de las relaciones internacionales, mi país no dejará de considerar todas aquellas opciones tendientes a salvaguardar su interés nacional". (Cita por Excelsior, de México, el 15 de octubre de 1976). Más recientemente, en una conferencia de prensa dada el 17 de junio de 1977 en Montevideo, durante una visita oficial, Videla respondió de esta manera a otra pregunta sobre el tema: "En forma personal, puedo afirmar que toda medida que pueda contribuir a la defensa territorial y de las aguas jurisdiccionales frente a una posible amenaza, es objeto de nuestra preocupación. Y si para ello pudiera ser menester una conjunción de esfuerzos, estaría concebida la posibilidad, llegado el caso de tratar este tema, de lograr acuerdos en este sentido."

A las dificultades diplomáticas suscitadas por la eventual participación sudafricana y a los escollos que significan las pugnas castrenses internas que acabamos de señalar, debe agregarse otra contradicción notoria y difícil de superar: la planteada por la tradicional rivalidad argentino-brasileña, que últimamente se encuentra por lo demás en un nivel relativamente alto. La competencia entre las dos grandes potencias sudamericanas es tan antigua como la existencia misma de ambas naciones, y se refleja en todos los ámbitos: el político, el económico y, desde luego, el militar. La correlación de fuerzas entre Brasilia y Buenos Aires constituye un factor clave de todo el equilibrio politicomilitar regional, cualquier avance de alguno de los dos países en su equipamiento bélico es visualizado por el otro como una amenaza potencial a su seguridad. La sorda y permanente lucha por tratar de **adscribirse** a los países menores de la sobregión (Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia) es conocida, y la estructuración de un pacto como la OTAS excitaría indudablemente la competencia. En uno de los primeros artículos que se publicaron acerca de este tema, el 12 de enero de 1976, el columnista Luis Barbosa señalaba desde las páginas del diario *Jornal do Brasil* (que ha sido uno de los más entusiastas propagandistas de la alianza): "El esquema de defensa del Atlántico Sur ante un eventual avance soviético sobre el área se presenta como un rompecabezas confuso, donde las piezas no ajustan". Los tres protagonistas obligatorios de este juego, o sea Argentina, Brasil y Sudáfrica, guardan entre sí, a juicio de Manning, "prejuicios y diferencias de motivación política que sólo podrían ser superados en caso de extrema emergencia". Desde su óptica, "la opinión pública argentina está envenenada por el fantasma de la expansión imperialista brasileña". Parecería, en todo caso, que si los argentinos son quienes se muestran más desconfiados y recelosos es porque Brasil viene demostrando desde hace tiempo, en esta competencia de mayor brío y poder de iniciativa. El ejemplo más ilustrativo de este fenómeno es probablemente el de la lucha librada por el control de los vastos recursos hidroeléctricos de la cuenca platense. En esta batalla, que se viene desarrollando desde hace ya varios años, los brasileños llevan sin duda la mejor parte, lo cual genera en los argentinos un sentimiento considerable de humillación. Y, sobre todo, las condiciones de que Brasil puede justificar ventajas estratégicas difícilmente recuperables. Durante el último año y medio, período en el cual Brasil y tomó la iniciativa de crear una alianza sudatlántica, el conflicto a propósito de Itaipu y de aprovechamiento energético de los ríos de curso superior ha ido tomando por su parte un carácter cada vez más áspero. Es en este contexto que hay que analizar las reticencias de ambos países a integrarse a sistemas estratégicos en los cuales pueda ser el rival el que asuma el papel protagónico. Para los militares argentinos más realistas, Brasil representa a pesar de todo un peligro más concreto —por ahora, al menos— que la hipotética irrupción soviética en las aguas del Atlántico austral. Y sus colegas brasileños razonan probablemente de manera análoga.

Vale la pena anotar, a este respecto, que una de las primeras reacciones despertadas en la Argentina por el lanzamiento de la idea de la OTAS fue la de desconfianza expresada por el general retirado Juan Enrique Guglielmelli, un conocido especialista en temas estratégicos y geopolíticos, de orientación nacionalista. En un artículo titulado *Argentina, política nacional y política de fronteras. Crisis nacional y problemas fronterizos*, publicado por el diario *Clarín* de Buenos Aires el 8 de abril de 1969, precisamente mientras Massera, Azevedo Herólm, Ellis y Sagerholm conversaban en Puerto Belgrano del general Guglielmelli denunció las "contradicciones y silencios de Brasil con respecto al Atlántico Sur, asunto que a su juicio le estaba sirviendo a éste para "replantear viejos y nuevos propósitos". (20) Según Guglielmelli, los brasileños estaban aprovechando "el tema de la penetración soviética en el Atlántico Sur" para "justificar su necesidad de contar en su flota con unidades de propulsión nuclear".

nación líder del primero de los campos. Los intereses brasileños, sostiene, son perfectamente compatibles y complementarios con respecto a los norteamericanos, lo cual permite que el **destino manifiesto** de Brasil en el área sudamericana se ejerza de manera armónica con el no menos manifiesto destino norteamericano: "También nosotros —alega Golbery— podemos invocar un **destino manifiesto**, tanto más cuanto que él no choca en el Caribe con el de nuestros hermanos mayores del norte". En sus teorías, el Atlántico es concebido como el **océano de mayor vitalidad del mundo**, como una especie de gran mar Mediterráneo. Y cuando aborda el análisis de los problemas relativos a su porción meridional, lo hace, según Guglielmelli, "tratando de acrecentar la importancia de la posición brasileña, en particular de su área nordestina, con el fin manifiesto de obtener para su país responsabilidades monopólicas y excluyentes". (22) El planteo de Golbery "trata de destacar al estrechamiento Natal-Dakar como área de más seguridad, y al nordeste brasileño como un factor clave de la angostura marítima". Al sector más austral, en cambio, "lo presenta como un amplio espacio sin adecuadas bases geográficas para su vigilancia y protección". El razonamiento conduce así a la justificación del monopolio brasileño en la responsabilidad de la defensa sudatlántica. "De manera alguna podríamos desentendernos de deberes que son exclusivamente nuestros, como el de la defensa y la integridad del territorio nacional y no menos el de la seguridad del Atlántico Sur, al cual está vinculada nuestra prosperidad y, sin duda, nuestra supervivencia". Y dice textualmente que "si la geografía atribuye a las costas brasileñas y a su saliente nordestino un casi monopolio del dominio en el Atlántico Sur, ese monopolio es brasileño, debe ser ejercido por nosotros exclusivamente".

Pero, según afirma de inmediato, es para utilizarlo "en beneficio de nuestros hermanos del norte" y "contra el imperalismo comunista de origen exótico". El esquema de Golbery descarta tanto a la Argentina como a Sudáfrica. A esta última la considera de **espaldas al Atlántico**, "ubicada más bien hacia el norte y el noroeste del continente africano". Para Guglielmelli la doctrina de su colega brasileño está "caprichosamente dirigida a fundamentar los objetivos de la política brasileña", siendo "tan arbitraria como la geopolítica de Haushofer y la Escuela de Munich". Sostiene, sin embargo, la necesidad "de estudiarla y comprenderla porque, tendenciosa y desactualizada, sus ideas centrales gravitan en sectores importantes del Brasil". (23) Corresponde añadir, en todo caso, que según numerosos observadores el propio Golbery de Couto e Silva ha revisado profundamente sus viejas tesis, y que sería por eso que no autoriza la reedición de su polémico libro, agotado hace ya varios años.

Quedan por mencionar, por último, otras tres fuentes de conflictos entre países que integrarían la proyectada OTAS: la Antártida, las Malvinas y el Beagle. El **continente blanco** es desde hace tiempo escenario de una batalla más o menos sorda (cada vez menos) por las enormes riquezas alimenticias, minerales y probablemente también energéticas, que aguardan a quienes estén en condiciones de explotarlas. Las pretensiones antárticas argentinas, chilenas, británicas y de otros países son en buena medida incompatibles entre sí y contribuyen a agitar aún más las ya encrespadas aguas políticas del Atlántico austral. En cuanto a las Malvinas, constituyen un factor de inestabilidad en cualquier planteo estratégico vinculado al Atlántico Sur. Ocupado por los británicos desde 1833, reivindicado sin pausa —y en los últimos tiempos con creciente energía— por la Argentina, este archipiélago posee, según las más recientes investigaciones, grandes reservas petrolíferas. Se ha visto además un considerable campo para la industria pesquera. Pero desde el punto de vista estratégico, las islas resultan muy importantes por controlar los accesos desde el Pacífico (Drake, Magallanes) y el paso de más oriental hacia el Océano Índico, entre las islas Kerguelen-Crozet y la Antártida. (24)

que regulan desde el siglo pasado el equilibrio argentino-chileno en la región. Este se ha basado hasta ahora sobre el principio de que la Argentina es un país **atlántico** y Chile un país **pacífico**, no pudiendo ejercer ninguno de ellos pretensiones hacia la zona del otro. El gobierno de Buenos Aires se muestra muy firmemente dispuesto a no aceptar una modificación de aquel equilibrio (formalmente consagrado, además, por un tratado de 1881), lo cual ha situado en este momento a las relaciones argentino-chilenas en un nivel crítico, no sólo en el ámbito diplomático sino también en el campo de acción de las respectivas armadas. Todo esto complica extraordinariamente, desde luego, cualquier esfuerzo por integrar la **marina colectiva regional** a la que aspira el vicealmirante uruguayo Hugo Márquez. (25)

Corresponde recordar asimismo, para cerrar esta somera enunciación de factores que inciden en el problema del Atlántico Sur, que todos los análisis estratégicos que se elaboren a partir de ahora deberán tener en cuenta como elemento de juicio de primerísima importancia el hecho de que, como quedó en evidencia en agosto Sufáfrica **tiene la bomba**. Aunque Pretoria no llevó a cabo, debido a las presiones internacionales, la explosión experimental que se proponía realizar ese mes en el desierto de Kalahari, es ya, de hecho, una potencia dotada de poder nuclear. La problemática sudatlántica, en estas nuevas condiciones, se torna mucho más compleja y delicada. Y aunque no se cuenta con la información necesaria para evaluar la extensión de la cooperación en este ámbito, conviene tener presente que ya en 1967 el director del plan sudafricano de energía atómica visitó Brasil y Argentina para "discutir problemas de energía nuclear de interés común". (26)

IV. CONCLUSIONES

El análisis de los datos y elementos de juicio disponibles, aunque incompletos, lleva a concluir que, si bien la celebración de una **alianza sudatlántica** dista de ser inviable, su concreción a plazo más o menos corto resulta muy poco probable. Las dificultades y contradicciones enunciadas en el capítulo anterior son demasiado grandes, y es probable que algunas de ellas, en el futuro inmediato, no sólo no se amortigüen sino que incluso se agudicen. Por lo demás, hasta el momento, el fantasma soviético no ha empezado a recorrer el Atlántico Sur.

Pero, como señala Manning, "a pesar de las divergencias sobre la eventual concertación de un pacto de la OTAS y sobre el papel de Sudáfrica en él, la cooperación no cesa de desarrollarse entre los **gendarmes** regionales de Washington, tanto en materia técnica como en el campo diplomático y militar". Discreta, la colaboración entre las armadas se remonta a bastante tiempo atrás. Los marinos brasileños, por ejemplo, ya participaron en los ejercicios navales organizados en 1968 y 1969 por las armadas de Portugal y de Sudáfrica. En 1969, por su parte, los argentinos participaron también en maniobras navales conjuntas con los sudafricanos.

Por ahora, opinaba a fines de abril del año pasado el boletín semanal británico *Latin America*, (27) la hipótesis que parece más probable es la de la reactivación del acuerdo sudatlántico suscrito en 1956 por los gobiernos de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, o sea el ya mencionado CAMAS. Este mecanismo no tiene características defensivas ni ofensivas, limitándose simplemente a la organización de ejercicios y maniobras navales en común. Su funcionamiento podría ser reforzado y ampliado sin que los Estados Unidos se comprometan directa y formalmente, mientras de despeja el panorama político de la otra margen del océano y se eliminan los obstáculos que impiden la integración de Pretoria al sistema.

(19) En los días en que este artículo fue entregado a la imprenta, a principios de octubre, la Armada argentina parecía estar desencadenando una vigorosísima ofensiva en varios frentes simultáneos, orientada a ganarle un papel cada vez más importante en el Atlántico sur.

A fines de septiembre, en primer término, la tensión entre Argentina y Chile en torno a la guerra del Beagle estaba alcanzando niveles alarmantes. En los dos meses anteriores se habían registrado varios incidentes en la zona, y las dos cancillerías habían intercambiado agrias notas de protesta. En toda la tramitación del problema, la Armada estaba aprovechando para mostrar una línea dura, intransigente, frente a las posiciones moderadas y conciliadoras del Ejército. El día 27, la cuadrada zarpó de Puerto Belgrano, proa al sur, en una aparatosa operación que fue definida como rutinaria pero que, de hecho, constituía una demostración de fuerza frente a los vecinos del oeste. En suma, los buques de guerra continuaban esforzándose por presentarse como los más celosos e indoblegables custodios de la soberanía nacional.

No era ése el único modo de mostrar la fuerza naval en esos mismos días, unidades de la Armada procedían a la captura de varios buques pesqueros chilenos que fueron sorprendidos ejerciendo su actividad en aguas jurisdiccionales argentinas. Casi de inmediato, al principio de la semana de octubre, le tocó el turno a un buque de bandera búlgara. Todas estas operaciones fueron destacadas por la prensa bonaerense en primera plana, con gran despliegue. Y la ocasión fue prestamente aprovechada para retomar —aunque ahora desde el ángulo de la defensa del patrimonio económico— el tema de la necesidad de proteger al Atlántico austral frente a la intromisión de potencias extrarregionales.

Fue en ese contexto que el canciller (y vicealmirante) Oscar Montes formuló en Nueva York, donde asistía a la Asamblea General de la ONU, inesperadas y resonantes declaraciones sobre el tema de la OTAS. Difundidas el día 3 por la agencia noticiosa italiana ANSA, esas declaraciones serían desmentidas al día siguiente (pero en tono formal, casi desganado) por la misión argentina en la ONU. Según el despacho de ANSA, Montes indicó que "Argentina y otros Estados del Cono Sur están sosteniendo conversaciones con la República de Sudáfrica en relación con la defensa del Atlántico Sur". El entrevistado aclaró que aún no se han dado "pasos concretos" para la formalización de una alianza, pero añadió que "tenemos las buenas intenciones de hacerlo". Interrogado sobre la participación de Washington en las gestiones, respondió que el gobierno norteamericano "no ha estado involucrado hasta ahora en las conversaciones". El cable de ANSA agregaba que en éstas participan, además de los representantes de Argentina y de Sudáfrica, delegados de Chile, Paraguay y Uruguay. Los brasileños, en cambio, conocerían la existencia de estos intercambios de opiniones pero se mantendrán al margen de ellos.

Que las declaraciones de Montes hayan sido posteriormente desmentidas resulta, en términos diplomáticos, perfectamente comprensible: no había otro modo de evitar un escándalo. Pero es significativo que en los días siguientes otros personajes hayan salido a la palestra a defender la posición del marino y canciller argentino. Se trata de dos militares: uno uruguayo y otro norteamericano. Y actuaron casi al mismo tiempo.

El primero fue el ya conocido vicealmirante Hugo Márquez, comandante en jefe de la Armada uruguaya. El día 4, el diario montevideano El País anunció en primera página que Márquez "planteará el proyecto a nivel continental para la conformación de una alianza naval en el sur de América a semejanza de la OTAN". El diario daba, como origen de la información, una fuente oficiosa (en las actuales condiciones uruguayas, eso significa, pura y simplemente, los mandados de la Marina), agregando que "las últimas novedades sobre hechos acaecidos en el mar territorial argentino obligan a extremar la vigilancia sobre la zona de las 200 millas, y establecer una cooperación plena en este campo". El artículo repasaba los antecedentes de la iniciativa de la OTAS (atribuyéndole el proyecto, curiosamente, al mismo Márquez) y subrayaba el eco favorable registrado

Y algunos otros, aprovechando asimismo para reactualizar la tesis de Golbery do Couto e Silva sobre un mundo con Brasil en la vigilancia y protección de este frente oceánico. Un especialista argentino se preguntaba por qué, a pesar de haber sido de los primeros países en acudir al gobierno de Agostinho Neto en Luanda, "ahora el peligro de la presencia naval soviética en la zona que la dualidad entre el mar y el continente" se reflejaba asimismo en la indiferencia brasileña ante el problema de las Malvinas y ante "la actividad y pretensiones de las grandes potencias en la Antártida, entre las cuales se encuentran la UR y la Unión Soviética, que actúan allí en común y total acuerdo". Indicaba, por último, que era sugestivo "su olvido de la existencia del Comando del Área Marítima del Atlántico Sur" (CAMAS). (21).

La tesis de Golbery a las que Guglielmelli añade en la cita que acabamos de transcribir, son las desahuciadas por el famoso estratega brasileño (y actual asesor personal del presidente Geisel) entre 1959 y 1960, y reunidas en un volumen en 1967. Partiendo de la premisa de que los dos sistemas mundiales —el occidental capitalista y el socialismo— se enfrentan en una lucha sin tregua que abarca como espacio a toda la tierra y que utiliza como instrumentostá infinidad de recursos políticos, desde la insinuación hasta el empleo de las diversas formas de violencia, Golbery considera que Brasil se inserta en ese esquema como aliado natural de los Estados Unidos.

en la Argentina así como la existencia de reservas por parte de Brasil. "Ahora — anotaba — el tema OTAS será replanteado a la luz de episodios de naturaleza distinta de los señalados en un primer momento para evaluar el proyecto". Y anunciaba, como toque final: "El 15 de noviembre, en la tradicional conmemoración del Día de la Armada, el comandante en jefe volverá a referirse al asunto en términos que se aguardan con suma expectativa, tanto en medios locales como extranjeros".

Por su parte en un almuerzo de la Cámara Argentina-Norteamericana de Comercio, al que asistió como invitado de honor, el teniente general estadounidense Gordon Summer, presidente de la Junta Interamericana de Defensa (JID), formuló en Nueva York declaraciones que los mandos navales argentinos recibieron con comprensible alborozo. El alto militar norteamericano, en efecto, opinó que "la amenaza del comunismo al continente sudamericano es real y creciente", y calificó a la Argentina como "el ancla sur del sistema interamericano", sosteniendo que ese país "representa el frente de combate de este hemisferio" y que "sus vías estratégicas en el mar austral son vitales para el futuro transporte del petróleo". (Citas tomadas de La Opinión del día 6 de octubre).

(20) Ese artículo se publicó asimismo en el número 37/38 (correspondiente a los bimestres noviembre-diciembre de 1975 y enero-febrero de 1976) de la revista Estrategia, publicación editada en Buenos Aires por el Instituto Argentino de Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales. Su director, el general Guglielmelli, en situación de retiro desde 1968, había sido hasta entonces comandante del V Cuerpo de Ejército de la Argentina.

(21) Este organismo está integrado por representantes de las Armadas de Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. El comando es ejercido por un alto jefe naval de los dos primeros países, que se turnan sucesivamente cada dos años.

de Beagle, se ha convertido sin queda alguna, en el momento de redactarse este trabajo, en uno de los puntos más candentes de América del Sur. En efecto, el tribunal internacional convocado para resolver este ya centenario contencioso argentino-chileno, emitió a fines del pasado mes de abril un laudo arbitral que al consagrar casi íntegramente las tesis de Santiago, resulta inaceptable para Buenos Aires. Todo indica que Argentina no logrará el pacto que era entre ambos vecinos del vorace océano, y que las tensiones realmente peligrosas que se agitan en este respecto, que la resistencia chilena se opone a este respecto, que la debe renunciar a sus derechos, que el arbitraje es propiamente dicho, que el arbitraje es la consecuencia que se deriva de la decisión marítima a favor de Chile, que el arbitraje chileno de la soberanía sobre las islas Malvinas, a este país, debido a las circunstancias de la crisis atlántica, alterando radicalmente todo el equilibrio

(22) El general Guglielmelli resumió y criticó las ideas de Golbery sobre estos temas en un muy interesante artículo titulado Golbery do Couto e Silva, EL DESTINO MANIFIESTO brasileño y el Atlántico Sur, que se publicó en el número 39 (correspondiente a marzo-abril de 1976) de la revista Estrategia. De ese trabajo están extraídas las citas precedentes de Guglielmelli, así como las del propio Golbery, y también las que siguen.

El lector interesado en el tema podrá consultar además, en ese mismo número de Estrategia, otro artículo que muestra la percepción del problema por ciertos sectores argentinos. Se trata de un trabajo de Carlos P. Mastrorilli titulado Una actualización de la doctrina Golbery: Brasil, geopolítica y destino, del general Carlos Meira Mattos. Ahí, Mastrorilli se queja de que la Argentina parece haber "mordido el anzuelo" en cuanto a las "proyecciones del triunfo del MPLA en Angola respecto del costado americano del Atlántico Sur". Y considera que "Brasil ha planteado correctamente para sus intereses el caso angoleño" al reconocer rápidamente al gobierno de Luanda y al incrementar sus vinculaciones con el África lusoparlante. ¿Cuál es su objetivo? Para Mastrorilli, resulta muy claro: "Brasil se apresta a hacer del Atlántico Sur un mar brasileño, con el apoyo explícito del Departamento de Estado". (Que por ese entonces, bajo la égida kissingerina, formalizaba su reconocimiento de Brasil como potencia subhegemónica en América del sur).

(23) En cuanto al Atlántico Sur en particular, las objeciones de Guglielmelli a los postulados de Golbery son, fundamentalmente: 1. Desconocimiento de la importancia estratégica de las islas Malvinas. 2. Desconocimiento de la responsabilidad de Chile en los accesos desde el Pacífico; 3. Subestimación de la presencia de Paraguay, Uruguay y Bolivia en los intereses atlánticos del Sur y omisión del papel de este lugar para los países del Pacífico austral, cuyas rutas marítimas hacia el Atlántico septentrional pasarían, en caso de cierre del canal de Panamá, por aguas sudatlánticas; y 4. Falta de un análisis del derecho que les asiste a los estados del África suroccidental sobre el Atlántico Sur.

(24) La ya citada revista Estrategia dedica la casi totalidad de uno de sus últimos números (el 43/44, correspondiente a los bimestres de noviembre-diciembre de 1976 y enero-febrero de 1977) a las cuestiones de las Malvinas y de las Antártidas.

EL CAMAS no es por lo demás el único resorte de que disponen los Estados Unidos y sus aliados para controlar el Atlántico meridional. Desde 1960, los mismos países sudamericanos mencionados coordinan sus actividades en esta zona bajo la égida del COMSOLAT, el Comando Operacional del Atlántico Sur de la Marina norteamericana. (28) Y la Asamblea de la OTAN le otorga a la Alianza del Atlántico Sur (SACLAN) (Comandante Supremo Aliado del Atlántico Sur), cuya jurisdicción se extiende hasta el Tropic of Capricorn, una recomendación, que lleva el número 10, sobre la protección de sus vías marítimas vitales, sobre la vigilancia y comunicación — en el Océano Atlántico Sur. (29) Por último, se hace necesario recordar algo que suele pasar desapercibido

los comentaristas del tema. Se trata de la resolución adoptada por los países miembros del TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, conocido también como Pacto de Río de Janeiro) en julio de 1975 en San José de Costa Rica. En esta ocasión, en efecto, se estableció el límite oriental de la zona de seguridad del Atlántico Sur, desde el Ecuador hasta el Polo Sur, el meridiano de los veinte grados de longitud oeste. Esto implicó una extensión del Atlántico austral, que que se hizo de esta manera bajo la jurisdicción colectiva de los Estados Unidos y de los demás países del sistema interamericano.

Paréceme que la defensa de los intereses sudamericanos y conosureños puede lograrse con mayores estridencias, sin comprometerse con alianzas formales con los racistas yanquis, simplemente sobre los mecanismos de cooperación. En una conversación con periodistas mantenida el 10 de diciembre de 1976 en la ciudad de Buenos Aires, el presidente argentino

Jorge Rafael Videla respondió así al requerimiento de uno de los corresponsales acerca de su opinión sobre la eventual OTAS: "... Si hay circunstancias concurrentes, por ejemplo la agresión común, que ha sufrido este sector del hemisferio, frente a esa agresión común hay una natural predisposición a unirse por parte de quienes se sienten agredidos, sin que esto signifique un pacto o un tratado".

Lo más probable parece ser, pues, que no asistamos a corto plazo a la celebración de una alianza sudatlántica formal, pero sí al estrechamiento de facto (realizado mediante la aplicación de los acuerdos previos y de fórmulas de cooperación no política sino técnica y profesional) de los vínculos entre las marinas de los Estados Unidos y de los países ribereños del Atlántico austral. Más allá de las vicisitudes de las relaciones entre éstos, y de las relaciones de ellos con la potencia hegemónica, los intereses comunes impulsan a esa cooperación (que no es, desde luego, una colaboración entre iguales sino una forma específica de funcionamiento del sistema imperialista global). Es probable, incluso, que la OTAS no se llegue a fundar nunca. Pero eso no tiene mayor importancia: la Alianza del Atlántico Sur puede funcionar lo mismo. Y, en cierta medida, funciona ya.

México, 15 de octubre de 1977.

(25) Sobre la cuestión del Beagle y sobre el panorama que se plantea a su respecto después de la emisión del laudo arbitral de abril último, escribimos en la segunda semana de mayo de este año dos comentarios en la columna Nuestra América del diario mexicano El Día. El primero, titulado El Beagle: perspectivas de oleaje, se publicó el 10 de mayo. El segundo, El Beagle y otras tensiones australes es de fecha 13 del mismo mes. En ambos se señalan las consecuencias del fallo en cuanto a la correlación de fuerzas en la zona, en cuanto a las proyecciones antárticas y en cuanto a la problemática ligada a la defensa del Atlántico Sur.

(26) Véase el artículo ya citado de A. Manning en Le Monde Diplomatique.

(27) Véase el ya citado No. 18 del volumen x, fechado el 30 de abril de 1976.

(28) Véase el artículo ya citado de A. Manning.

(29) Véase el ya citado artículo del general J.E. Guglielmelli en el número 37/38 de la revista Estrategia.

* Tomado de la revista Nueva Política, Vol. II, números 5 y 6, abril-septiembre de 1977

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

** El autor de este artículo es miembro del cuerpo de redactores de la sección internacional del Periódico El Día